

Sobre amor, nuevo feminismo y poder. Conversación entre Ghada Amer y Rosa Martínez en el comienzo del tercer milenio

Rosa Martínez. Conservadora de arte, España

La obra de la artista Ghada Amer se manifiesta como una síntesis entre la tradición oriental y occidental, las bellas artes y la artesanía. Sus pinturas, vídeos e instalaciones representan una reflexión íntima sobre la mujer y su situación en la sociedad actual. El uso de códigos propios de la pintura abstracta, cuya tradición es claramente masculina, permite a la artista egipcia ocupar un terreno históricamente negado a la mujer para integrar en él un universo femenino. Mediante este proceso de reapropiación e hibridación, la obra se convierte en un territorio nuevo, con significados distintos. Amer busca así no la igualdad entre el hombre y la mujer, sino la independencia de lo femenino, la voz que permita expresar la diferencia sin rendir cuentas a la tradición de poder masculino.

R.M.: Usted ha dicho muchas veces que se considera una «pintora» a pesar de haber realizado algunos proyectos al aire libre tan espectaculares como significativos. ¿Qué conexión establece entre su pintura y sus esculturas o instalaciones?

G.A.: Soy ante todo una artista, y me gusta pintar. He dicho varias veces que soy una pintora que insiste en esos medios concretos porque a menudo, en el mundo del arte, la pintura ha pasado de moda y ha sido reemplazada por instalaciones, fotografía, vídeo o cualquier otra clase de multimedia... ¡Se ha declarado la muerte de la pintura como si ya se hubiera dicho todo y tuviera que descansar en paz!

A mí también me gustan esos nuevos medios, pero nunca podrán reemplazar a la pintura; todos quieren hacerlo, pero no lo harán. En mis instalaciones y en mi escultura, sólo intento explorar un medio nuevo para mí

porque es importante para mi pintura: la ayuda a desarrollarse; y viceversa: la pintura ayuda a desarrollarse a las instalaciones y esculturas. Puede que un día explore también la fotografía y el vídeo –¿por qué no?–, pero nunca sustituiré un medio por otro. Creo que la pintura sigue ocupando un lugar muy respetable en el arte contemporáneo, ¡al menos para mí!

R.M: Pero ¿es sólo el amor por la pintura lo que la ha llevado a dar prioridad a este medio? ¿Hay una postura política detrás de su opción por la pintura?

G.A.: La historia del arte ha sido escrita por hombres en la práctica y en la teoría. La pintura ocupa un lugar simbólico y dominante en esta historia, y en el siglo xx se ha convertido en la principal expresión de la masculinidad, sobre todo a través de la abstracción. La abstracción geométrica de Mondrian, Albers, Stella o el movimiento minimalista refleja la organización geométrica del mundo como un paradigma de las cualidades racionales atribuidas a los hombres. Pollock y el expresionismo abstracto son la otra cara de la moneda, pero representan también una gran metáfora de la energía y el poder masculinos.

Para mí, defender la opción de ser pintora y usar los códigos de la pintura abstracta, tal como han sido definidos históricamente, no representa sólo un desafío artístico: su principal significado es ocupar un territorio que históricamente ha sido negado a las mujeres. Yo ocupo ese territorio estética y políticamente porque creo cuadros materialmente abstractos, pero integro en ese ámbito masculino un universo femenino: el de la costura y el bordado. Al hibridar esos dos mundos, el lienzo se convierte en un nuevo territorio donde lo femenino tiene su propio lugar en un ámbito dominado por hombres del que, espero, no se nos volverá a sacar. En esas superficies abstractas inscribo figuras de mujeres sacadas de revistas pornográficas donde se representan las fantasías masculinas, y de ese modo realizo una doble reapropiación.